



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Num. 40. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Octubre 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

SUMARIO.

Explicacion de los grabados, por Joaquina Palmaseda. — Vestido con túnica. — Vestido cuadrillé. — Cinta collar bordada de azabaches. — Mangas de novedad para vestidos. — Flores bordadas de azabache para trajes. — Fichú con puntas cruzadas. — Fichú con lazos. — Lazos de faya y encaje para adornar el peinado. — Cinturon-écharpe. — Neceser para la labor. — Banqueta doble. — Encaje irlandés. — Entredós de malla guipure. — Adorno de pasamanería. — Cenefas bordadas. — Lambrequin para muebles. — Flecos de crochet. — Cuadro de tela calada. — Cuadro de cinta y crochet. — Antimacassar de crochet. — LITERATURA: El egoísta.

por Faustina Saez de Melgar. — Un recuerdo, poesía, por Gerardo Conder. — Amor, odio indiferencia, poesía, por Angela Mazzini. — Santa Teresa de Jesús, por María del Pilar Simón de Marco. — El cármén del ruiseñor, por Salvador Pérez Montoto. — Los peinados de moda, por Emilia Martín de Díaz Pérez. — El capital de la virtud, por Angela Grassi. — Los teatros, por la Baronesa de Wilson. — Correspondencia. — Variaciones. — Explicacion del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 y 2. VESTIDOS CON TÚNICAS.

El primero es un vestido de vigoña con túnica de paño de igual color, adornada tan solo de un ribete de seda de tono mas claro: lleva cuello vuelto y solapas, que se abren sobre el cuerpo del vestido ó sobre un chaleco: gola y puños rizados la completan.

El segundo lleva una túnica blusa, cerrada en todo su largo por un biés de terciopelo inglés, sobre el cual van los botones, y el mismo se repite en la manga sujetando los biéses; de terciopelo son tambien gola y cinturon, con gran lazo á un lado. Esta túnica es la misma que el número anterior presentaba por detras en su última plana.

3 y 4 NECESER PARA LA LABOR.

Materiales:
Un pedazo de tela de 73 cents. de largo por 12 de ancho, un pedazo igual de hule, trenchilla encarnada, flores recortadas de cretona y seda del color de ellas.

Se coloca en el centro de la tira la de hule que será más corta para que vuelvan las puntas de la tela, que al volver forman dos bolsillos en los extremos, ribeteando todos los bordes con trenchilla. El adorno consiste en flores aplicadas de cretona, empalmadas con un bordado ligero, y en el centro una letra bordada con cinta de encaje irlandés. (Véase el núm. 4).

5 y 12. DOBLE BANQUETA.

Este lindo mueble de salon es negro y oro, y los dos círculos de la banqueta se bordan por el dibujo número 12 sobre paño grana con cinta brochada y seda cruda de tres tonos y granate de dos. El bordado es á cordoncillo largo.

6. ENCAJE IRLANDÉS.

Ejecútase con cintas de dos distintos anchos en blanco, en crudo ó en negro y sirve para guarnecer tónicas, fichús, etc. Los calados que unen las diferentes cintas son á feston y cordoncillo.

7 á 9. CINTA BORDADA DE AZABACHE.

La cinta debe tener 3 cents. de ancho y el largo

que se apetezca, porque así puede servir para el cuello como para adornar trajes ó abrigos de paño. Los números 7 y 8 muestran dos dibujos para bordar la cinta: el primero es una margarita, cuyos pétalos se forman ensartando 10 cuentas y sujetándolos del centro con una puntada, y el segundo es una estrella bordada por el mismo orden.

10 y 11. MANGAS PARA VESTIDO.

Ambas son para trajes de dos tonos: la núm. 10 lleva abierta la costura exterior 9 cents. y la guarnicion que la termina va montada con 3 pliegues, orillada esa guarnicion de tela más clara, y cubierta la pegadura con una cinta terminada por lazo con dobles lazadas: un bordado ó encaje hacia arriba y una guarnicion de muselina pegada al borde termina esta manga.

El núm. 11 es enteramente cerrada la manga y adornada de un ancho bullon muchas veces fruncido, con cabeza á los dos lados, orillada de tono más claro: un lazo de este tono, una doble

guarnicion á la mano, y un bordado al otro lado del bullon, la completan.

13. ENTREDÓS DE MALLA GUIPURE.

Esta labor es tan conocida que nos dispensa toda explicacion: puede hacerse en blanco ó en negro para corbates, delantales, etc. Tambien entra en combinacion muy bien para cubiertas de edredon ó desillera.

14 y 15. FICHÚS DE MUSELINA Y ENCAJE.

El primero son dos tiras de muselina cortada al biés de 65 cents. de largo por 28 de ancho, y cortadas en biés de la punta, estrechando el ancho con tres pliegues, hasta reducir su ancho á 5 cents.; después de adornar ambas tiras con entredós y encaje alrededor se reúnen del centro de atras bajo un medio pañuelo de muselina y un lazo: las puntas de adelante cruzan en el pecho para reunirse por detras en el talle.

El segundo es de la misma forma, pero sin plegar el fondo, y le completa una gola, reuniéndose sus puntas por delante en el talle: un lazo le adorna por delante en el pecho y otro por detras.

16. ADORNO DE PASAMANERÍA.

Empléase para este adorno cordon de seda ó de lana, trazando primero los centornos sobre papel, sirviéndose de cinco cabos de cordon, enlazándolos como indica el modelo y corréndolos en las uniones. El cordon se va llevando sobre el dibujo para mayor facilidad.

17 á 19. LAZOS PARA LA CABEZA Y TALLE.

El núm. 17, es un doble lazo que se fija, el mayor en un lado del peinado y el pequeño pendiente de él, sobre la moña; la cinta de 18 cents. de anchura puede ser de uno ó dos tonos, y el lazo grande lleva un sprit de azabache como el del cinturon núm. 19.

El núm. 18, es un lazo de faya, cinta y encaje: un biés de faya guarnecido de encaje va combinado con una cinta que lleva encaje solo á una orilla.

El núm. 19 es un cinturon de raso y faya negras con lazo y caidas de ambas clases, ocupando el centro del lazo un adorno de azabache: el cinturon, propiamente dicho, es un triple biés de raso.

20. LAMBREQUIN BORDADO DE APLICACION.

Materiales: paño gris, gros encarnado, torzal grana y gris de tres tonos, trenchilla gris y de oro, hilillo de oro. La aplicacion del centro es grana sobre paño



1. Vestido con túnica.



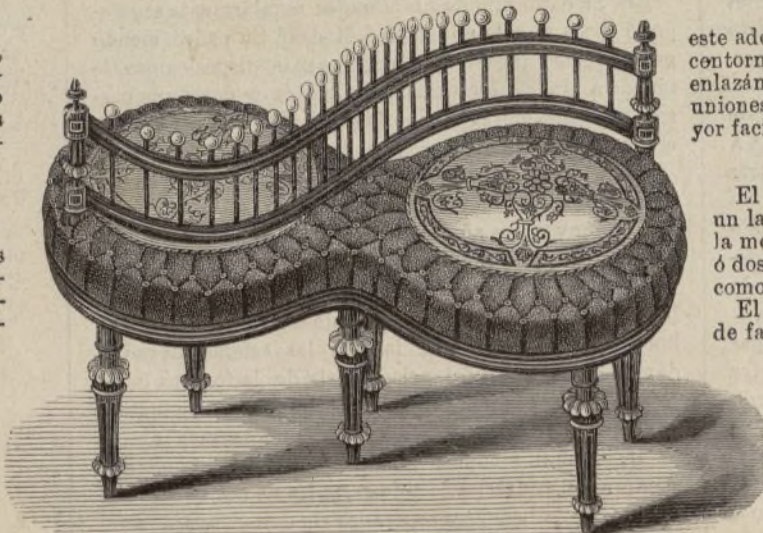
3. Neceser para la labor. (Véase el núm. 4).



4. Bordado con cinta irlandesa para el neceser núm. 3.



2. Vestido con túnica.



5. Banqueta doble. (Véase el núm. 12).

gris y va fija una trencilla gris y otra de oro cosida con negro, alrededor de la cual va una hilera de picos á punto ruso de dos tonos gris, y nuditos más oscuros. Una cenefa á punto ruso con grana entre dos cadenetas de igual color, y arabescos hechos en los dos colores, terminan el lambrequin.

21 y 22. CENEFAS BORDADAS.

Ambas están bordadas á punto ruso y nuditos, bien con otro tono del color del fondo, bien con seda de muchos colores, sirviendo para adornar trajes, paletots de cachemir, y almohadones, tapetes etc.

23 á 27. ANTIMACASAR.

Crochet y cinta ó trencilla ancha.

El núm. 25 muestra la labor concluida, mientras los otros números ofrecen los detalles. Comiéndose por hacer los cuadros en los que entran 30 cents. de cinta ó trencilla ancha, orillada por los dos bordes de una vuelta de barras separadas por 2 ptos. de cadeneta: solo en las puntas interiores las barras se juntan para formar el ángulo. En el interior del cuadro, á la vuelta siguiente, se hacen 5 presillas á ondas de cadeneta de 7 ptos. cada una y al engancharlas ántes de pasar á la onda siguiente se hace un picot cerrado de 5 ptos.: el ángulo se pasa con una cadeneta de 9 ptos.: que cruza al frente contrario y se repite lo mismo que en el lado concluido: la tercera, la cuarta y quinta vueltas, se ejecutan lo mismo, disminuyendo las ondas como muestra el dibujo núm. 26, siendo la última vuelta un simple cuadro de cadeneta. La union de estos cuadros es por medio de estrellas que forman el fondo, cuyas estrellas ofrece de tamaño natural el núm. 27. Comiéndose esta por un punto que se va aumentando á puntos dobles y siempre en círculo, hasta 18 ptos., con lo que resultan 3 vueltas: se hacen luego para cada pico 6 ptos. de cadeneta y volviendo sobre estos uno doble, una media barra, 2 bar. y una barra doble, completando la estrella una cadeneta alrededor con picots, que sirven al mismo tiempo de enlace de unas estrellas con otras y de los mismos cuadros (véase núm. 25).

Los flecos núm. 23 ó núm. 24 completan este antimacasar, y se ejecutan el primero, con tres vueltas de barras separadas por un punto liso y la del centro con 3, y el segundo se ejecuta á lo ancho con ondas ó conchas de barras reunidas en un punto, de este modo: *7 ptos. de cadeneta y luego 5 barras en el primero* repitiendo de señal á señal: una hilera de festones por cada lado completa el fleco y para ámbos se cortan los cabos primero con medida y se anudan donde muestra el grabado.

28 á 30. ANTIMACASAR DE TELA CALADA.

Las señoras primorosas no necesitan explicacion para ejecutar esta bella labor.

31 y 32. ANTIMACASAR DE CROCHET Y CINTA.

Nada tampoco hay que advertir dadas las explicaciones de los núms. 23 á 27.

JOAQUINA BALMASEDA.

MODO DE SACAR CON FACILIDAD

LOS PATRONES.

Se colocará sobre una mesa el patron ó modelo que se desea cortar, y debajo de este un papel blanco ó de periódicos. Hecho esto, se pasa por encima de los signos ó rayas la ruedecita de una rodaja, la cual al pasar va dejando marcada la figura por medio de puntos. Cortado que sea, se colocará sobre el modelo para ver si está conforme con el original, y si así fuese, se le pondrán las letras, puntos ó estrellas que tenga la figura.

Después de cortadas todas las piezas correspondientes á la prenda que desean, es mejor armarla con el mismo papel para ver si gusta y está bien ántes de echar á perder la tela.

Para armar las piezas, se van uniendo por medio de las letras que sean iguales; supongamos: si hay dos AA se juntan unas con otras, lo mismo que si hay otras iguales se empalmarán B con B, C con C, etc.

Recomendamos también que ántes de cortar los modelos ó patrones se enteren bien de las explicaciones detalladas que se dan en el periódico, porque de este modo les será más fácil y los cortarán con mayor perfeccion.

Debemos además advertirlas que siempre deben dejar tela de más para las costuras, y que jamás se debe cortar por las rayitas (-----) pues estas indican que el patron está doblado, y por lo tanto se coloca sobre él la tela doblada y al hilo. Las mismas rayitas (-----) indican cuando el patron está en dos ó tres dobleces. Lo más seguro es cortar primero las partes dobladas y añadir las luego á la pieza principal.



EL EGOISTA.

(El egoismo es un cáncer moral que hace tanto daño al corazón humano, como la lepra al cuerpo).

—He dicho que dejes abierta esa ventana, gritó colérico Salustio, dirigiéndose á una mujer joven y hermosa que pretendía cerrar las maderas de un balcon situado al Mediodía, en un elegante y rico gabinete de una no menos elegante y rica casa situada en Madrid en la calle Mayor.

—Qué manía de sol, contestó la joven con visible disgusto. ¿No ves que los muebles saltan con el calor, la alfombra pierde sus colores y la luz tan viva despierta á Eduardito que duerme en esa alcoba?

—Y bien, á mí me calienta ese calor y me alegra esa luz; con que deja abierto, que soy yo ántes que los muebles, que la alfombra y que Eduardito.

—Ya lo creo, y que yo misma; tú no amas á nadie, y eres capaz de sacrificar á todo el mundo por amor á tí.

—Esas son mis máximas; ántes yo, ahora yo y siempre yo; con que ya lo sabes; déjame, pues, en paz, que quiero estar solo.

Lucila con marcadísimas pruebas del disgusto profundo que le causaba el despego de su marido, entró en la alcoba, cerró con cuidado las puertas de cristales y los cortinajes de damasco, y sentándose junto á la cuna de su hijo procuró arreglar la colgadura del mejor modo posible para que la luz no le ofendiese.

Luego cruzó los brazos sobre su pecho, inclinó la cabeza, y lanzando un profundo suspiro quedó largo tiempo inmóvil. Sus labios únicamente se movían como si murmurasen una plegaria, y de sus ojos grandes y melancólicos empezaron á correr raudales de lágrimas, que gota á gota iban cayendo sobre su falda, sin que la infeliz se cuidara de enjugarlas.

Quiénes eran Salustio y Lucila?

Vamos á decirlo. Al parecer, y según la opinion de las muchas personas que los conocían, un matrimonio muy feliz, de una gran posición, muy ricos y admitidos en lo que se ha dado en llamar buena sociedad madrileña. Tenían una elegantísima morada, carruajes, criados y todas esas superfluidades que constituyen el refinamiento del lujo, y que sobra á veces para la felicidad. Teniendo además un hermoso niño que completaba su encanto, y sin embargo, una rápida ojeada en el suntuoso gabinete nos ha hecho comprender que no eran felices.

Y quién lo diría? Su matrimonio se celebró bajo los mejores auspicios. Ambos eran jóvenes, guapos y de buena posición, porque si las riquezas de él, no igualaban á las de ella, en cambio era hombre de talento, muy metido en la política y con un elevado destino, lo cual nivelaba los intereses del uno y del otro.

Esto cuando aconteció la pequeña querella que acabamos de referir, pues si Salustio volvía la vista atrás y no le cegaba su incalificable amor propio, se encontraría sin duda alguna deudor de una gratitud inmensa á su joven esposa que partió con él sus riquezas. Empero su alma egoista y como tal seca y despegada, era incapaz de agradecer ningún beneficio, ni de amor á nadie más que á sí propio, como un nuevo Narciso que estaba enamorado de sí mismo.

Era Salustio hijo de un labrador regularmente acomodado en un pueblo no lejano á Madrid. Su padre, viendo que el chico presentaba muy buenas disposiciones, le mandó á Madrid á estudiar, con la idea de darle una carrera para que con el tiempo fuese el apoyo de su vejez y el amparo de sus hermanos pequeños.

No se engañó el buen labrador en cuanto á las excelentes dotes intelectuales que adornaban á su hijo, porque en muy pocos años concluyó su carrera de abogado y se dedicó con aprovechamiento al periodismo y á la política; pero tenía grandes aspiraciones, y aunque desde luego se le consideró un joven de mérito, quiso ser un hombre importante, y se lanzó á las esferas elevadas, dándose mucha importancia, á costa de la fortuna de su infeliz padre y de sus hermanos, que viéndole en tan buen camino, nada escasearon, enviándole más dinero del que tenían, viéndose obligados á pedir préstamos que siempre son usurarios, con la garantía de sus fincas, animados por la lisongera esperanza de que Salustio sería pronto Ministro ó cosa parecida, y compensaría con creces todos sus sacrificios.

Más no siempre se presentan las cosas á medida de nuestro deseo, y aunque Salustio empezaba á hacerse lugar, porque era intencionado y sagaz, se necesita mucho tiempo en Madrid para adquirirse, con solo la inteligencia, por grande que sea, una posición y un nombre.

El honrado labrador, á fuerza de costosos sacrificios, le hizo hombre; pero consiguió con ello arruinarse. Se vió lleno de acreedores, vendidas sus mejores fincas, y con el inmenso dolor de haber hundido en la miseria á sus hijos menores, por ensalzar al mayor dándole una brillante carrera.

Salustio tenía muy buena elocuencia y le tuvo engañado largo tiempo, pidiendo siempre dinero, dinero, y prometiendo próximas grandezas que nunca llegaban. Cada nueva demanda, era un motivo de angustia para el infeliz padre, hasta que al fin no pudo darle más, se agotaron todos sus recursos, y con ellos su salud, su vida y las fuerzas de su alma.

Peligrosamente enfermó, murió sin el consuelo siquiera de abrazar á su hijo, ni ver logrado el objeto más vivo de sus ansias.

Cuando Salustio supo esta desgracia, corrió á su pueblo, más bien que por consolar á sus hermanos, por repartir la herencia; pero se quedó frío al conocer el lamentable estado á que había reducido su casa.

Esto contrariaba sus planes; él, que fingiéndose rico sin serlo, despreció pequeños destinos, como indignos de su alta inteligencia, iba á verse en la miseria, ó á retirarse de la sociedad que formaba todas sus delicias.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Se continuará).

UN RECUERDO

á la prematura muerte de la apreciable y virtuosa señorita

D.^a A. C. DEL A.

Fuiste un ángel en la tierra, Adela,
Y es patria de los ángeles el Cielo.
Dios te llevó hácia El, sin apiadarse
De paternales ruegos.
Has muerto, sí! más tu recuerdo amado
En mí estará mientras aliente el pecho;
Y al desprenderse el alma que en mí existe
Llevará tu recuerdo

GERARDO COUDER.

16 de Octubre 1874.

AMOR, ÓDIO, INDIFFERENCIA.

Hay un afecto tierno, irresistible,
Que al ser humano con tesón aguarda,
Que en época oportuna el pecho guarda,
Tal vez con su deseo incompatible.

Innato en nuestro ser, solo se explica
Cuando á otro ser la voluntad nos guía:
Se agiganta, y también se sacrifica,
Siendo nuestra delicia ó agonía.

¡Alma de nuestra vida transitoria,
Recuerdo de la bienaventuranza,
Trasunto fiel de apetecida gloria,
Bendito tu martirio y tu esperanza!

¡Qué fuera de esta esfera empobrecida
Sin el auxilio que tu fé nos presta?
Mas ay! también el alma ennegrecida,
Si sabe amar, también ódia y detesta.

El ódio!... Lo sabeis? es la ponzoña
Que guarda en su furor mal contenida
La vanidad colérica y bisona,
Si en amor ó amistad se encuentra herida.

Cáncer del corazón, que poco á poco
Consumirá su facultad amante:
Insano sentimiento, absurdo y loco,
Para su propio mal siempre constante.

Abomino esa bárbara tendencia
De aborrecer lo que se amó algún día...
Mas hay otra peor... la indiferencia,
De amor y de esperanza tumba fría!

Su nombre solo al corazón aterra!
Lejos de mí su continente helado:
Que solo busca en la mezquina tierra
Al egoismo cruel por aliado.

Todo el fuego voraz que el alma siente
Cuando vé su dolor escarnecido,
No enciende su mirada indiferente,
Ni anima su semblante aborrecido.

Si alguna vez de dulce simpatía
Quiere imitar el proceder amante,
Tan solo la falaz hipocresía
Se retrata en su mísero semblante.

Esa mirada desdeñosa y fría
Que contempla el humano sufrimiento,
Fuera ponzoña para el alma mía!
Fuera entre todas el mayor tormento!

Manantial de sublimes concepciones,
Alma en que se revela lo increado...
Inspiración de tiernos corazones
Que en la tierra su Autor nos ha dejado.

Cuando mi cuerpo en su penar doliente
Se incline hacia la tumba que lo espera,
Libradme de mirada indiferente;
De amor ó compasion sea la postrera.

ANGELA MAZZINI.

SANTA TERESA DE JESUS. (1)

Leyenda original de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

I.

Vamos á tratar de una española digna de veneracion, y por este solo hecho nuestra pluma correrá con más facilidad y mayor gusto al trazar esta leyenda.

Entusiastas de las glorias de nuestra patria, quisiéramos que en ella hubieran visto la luz todas las celebridades del mundo; pero ya que esto no es, ni puede ser así, permitido debe sernos que nos ocupemos con legítimo orgullo de las que, como Santa Teresa del Jesús, tanto la han honrado.

Por fortuna no es reducido el número de las que se hallan en este caso, y desde luego aseguramos á nuestras lectoras que ninguna quedará olvidada en nuestra galería.

La mujer, modelo de perfeccion y fortaleza de que vamos á ocuparnos, se llamó al quedar limpia del primer pecado en la pila bautismal, Teresa de Sanchez Cepeda y Ahumada, y era hija de los ilustres señores don Alfonso y Doña Beatriz, ambos naturales de la humilde ciudad de Avila de los caballeros, en la cual vió tambien la primera luz esta admirable niña, el día 12 de Marzo de 1515.

Entre otros hermanos tenia Teresa uno llamado Rodrigo, que contaba dos años más que ella y al que amaba desde su edad más tierna con el mayor extremo; este niño, de condicion dulce y de hermoso y sensible corazón, simpatizaba tambien con su hermana, y despues de sus estudios solian ámbos retirarse á un rincón para leer las vidas de los santos que su excelente madre les proporcionaba.

Eran dos criaturas que formaban un grupo encantador, y á quienes sus padres admiraban con incansable ternura.

Don Alfonso procuró dar á la niña una educacion esmerada, que ella aprovechó de una manera prodigiosa; era de comprension rápida, de sensibilidad exquisita y profunda y de ingenio despejado.

La excelencia de su talento se veia en el corte noble de su frente abovedada y en sus grandes ojos negros de dulce y apasionado mirar.

Teresa tenia la tez ligeramente morena, el cabello negro, espeso y sedoso, la boca pequeña de carmineo color y delicado dibujo: la nariz recta y noble: las mejillas delgadas y de suave corte: su estatura era mediana y su talle perfecto, unido á la gracia de sus movimientos, la hacia un modelo de belleza inteligente y llena de armonía.

Teresa se formaba desde muy niña, no solo estudiando, si no con la infatigable ternura de su madre, que no dejaba jamás de darle buenos consejos, y la reprendia con exquisita dulzura cuando descuidaba alguna de sus obligaciones.

Teresa estudiaba con afán, á fin de que le quedase tiempo para entregarse á su lectura favorita de vidas y martirios de santos: la relacion de aquellas persecuciones inflamaban á los dos hermanos que envidiaban á los que las sufrían.

Contaba Teresa unos ocho años, cuando una noche se hallaba toda la familia en oracion, despues de la cena ante una imagen de talla de Nuestra Señora del Rosario que tenia al niño Jesús en los brazos.

Los señores Sanchez de Cepeda eran ricos en bienes de fortuna, y contaban una numerosa servidumbre á la que, siguiendo la piadosa costumbre de aquel tiempo, hacian tomar parte en las oraciones de mañana y noche.

Hallábanse las dueñas, los escuderos, el mayordomo y los criados de escalera abajo arrodillados detras de sus amos: todos los niños estaban delante de sus padres.

De repente se oyó la voz infantil de Teresa que exclamaba mirando á la Virgen:

—Miren como se rie la Señora! ¡Miren como el niño se sonrie tambien!

—Hija, dijo doña Beatriz, déjate de tonterías y reza.

—Señora madre, la Señora se rie conmigo, insistió Teresa; no la vé vuestra merced?

—No, hija mia, la Virgen tiene muy dulce la cara, pero no se rie, es ilusion tuya.

(1) Esta leyenda pertenece á la *Galería de Mujeres Célebres*, que con tanto aplauso está publicando la autora, y de la que ya van impresas 33 biografías.

—Yo la he visto reir, madre, y riéndose está todavía. Todos creyeron que era ilusion de Teresa lo sucedido; pero su padre hizo señal de que se guardase silencio, pues aquella ilusion, por piadosa, merecia ser respetada.

Desde aquel día la santa niña tenia éxtasis y visiones celestiales; se le figuraba oír en sueños voces del cielo que la llamaban, cánticos dulces y arrobadores, acentos divinos y armonías misteriosas, y era que llevaba en su alma el himno eterno de la poesia!

Un día la inocente Teresa se llevó á la huerta de su casa á su hermano Rodrigo, y le dijo:

—No admiras y amas como yo á esos santos mártires que mueren por la fé y la religion?

—Tú sabes que sí, respondió Rodrigo con toda la gravedad de sus diez años.

—Quisieras tambien ser mártir? lo deseas?

—Con todo mi corazón: ya te lo he dicho otras veces.

—Pues mira, Rodrigo, yo tambien, y podemos serlo.

—Podemos serlo?

—Sí!

—De qué modo?

—Marchándonos á tierra de gentiles en busca del martirio.

—Pero no querrán llevarnos.

—Ya lo sé: nos iremos solos.

—Solos los dos?

—Sí: solitos.

—Y tienes tú ocho años y yo diez!

—Y eso qué importa? mejor! como somos dos niños, nadie nos molestará por el camino: al contrario, por lástima siquiera nos darán de comer y posada.

—Pero nos hemos de ir sin dinero?

—Y de dónde quieres tú que lo saquemos? nosotros no lo tenemos.

—Podíamos tomar un poco de la bolsa de madre.

—Quita allá, hermano! qué horror! eso seria robar!

—Pero nos hemos de ir sin nada?

—Sí; Dios nos ayudará.

—Pues por mí, vamos: nada podíamos hacer que fuera más de mi gusto: ¡mira tú que estarse aquí quietos mientras que están matando por ahí á tantos Santos! porque ahora matarán tambien, no es verdad?

—Ciertamente.

—Y á dónde iremos?

—Toma, á Morería!

—Y cuándo nos vamos?

—Mañana, respondió Teresa, que era la directora del plan: está dispuesto para cuando raye la aurora: nos levantaremos muy quedito para que nadie nos oiga, y nos marcharemos.

—Y dejamos á nuestros padres, á nuestros hermanos!

—Los dejamos por Dios.

—Tienes razon: los mártires dejaban tambien á sus familias: mañana nos marcharemos.

II.

La infantil pareja cumplió su propósito.

Teresa y Rodrigo se levantaron antes del día, ó mejor dicho, pasaron sin dormir toda la noche; y así que la primera luz del alba apareció en el Oriente, dejaron su casa sin ser vistos ni oídos de nadie, y salieron al campo caminando con la apacible calma y la sublime confianza de su edad.

Ya habian andado como una hora, cuando empezaron á sentir hambre.

Habian salido de su casa en ayunas.

—Teresa, dijo Rodrigo, sabes lo que se me ocurre? que bien podíamos haber tomado un pedazo de pan á lo ménos: yo siento así como dolores en el estómago.

—Y yo tambien, repuso Teresa que iba quebrada de color.

—Y qué haremos?

—Sufrir! no queremos padecer por amor al Señor? pues hagamos cuenta que ya empieza nuestro martirio.

—Pero el hambre es muy dolorosa, hermana! sufrir azotes y que le quemén á uno, pase: pero el hambre, creo yo que es peor que todo!

Al hablar así, los ojos de Rodrigo estaban llenos de lágrimas; su hermana lo vió, y esto, unido á la angustia que ella misma sentia, empezó á hacer desmayar su valor.

—Ay Dios mio! y qué hemos de hacer? exclamó Teresa.

—Yo no sé, balbuceó su hermano.

—Sigamos andando, opinó la niña, y cuando veamos á algun pasajero, le pediremos limosna.

—Bien, vamos andando.

Los dos niños prosiguieron su camino con no poca angustia de sus estómagos, acostumbrados á un abundante almuerzo.

Ya empezaban á desfallecer de nuevo sus ánimos cuando vieron venir de frente un pesado carruaje de camino.

—En ese coche irán personas ricas, observó Rodrigo,

que no tenia la fuerza de voluntad de su hermana: pidámosles algo.

—Me dá vergüenza, murmuró Teresa.

—Y á mi tambien! pero qué remedio? si tu no quieres yo me acercaré.

Rodrigo esperó á que llegase el coche, se aproximó á la portezuela por la que se asomaba un caballero de bastante edad, y dijo:

—Caballero, una limosna por amor de Dios para dos pobres niños que van á Morería.

—Dios me perdone! no son esos mis sobrinos Teresa y Rodrigo? exclamó el caballero del carruaje: cochero, para las mulas.

El carruaje se detuvo y el viajero saltó al suelo.

Era un hombre como de cuarenta años, de aspecto á la par benigno y respetable: los niños reconocieron al instante en él al hermano de su madre que vivia en Madrid, y que les daba dulces y juguetes en abundancia cada vez que iba á Avila.

—A dónde vais? preguntó D. Alvaro de Ahumada á los dos héroes en miniatura.

—A Morería, repuso Teresa con calor.

—Y á qué?

—A pedir á los moros el martirio.

Don Alvaro hizo un esfuerzo supremo para contener la risa, y luego prosiguió:

—Y qué ibais á comer?

—Lo que nos diesen de limosna.

—Subid al coche, dijo D. Alvaro, y corramos á casa de vuestros padres á donde voy: ¡os parece que es un mérito á los ojos de Dios el abandonar su casa y su familia, y el sumergir á esta en la desesperacion? Si la voluntad de Dios es daros el martirio que deseais, ya os llamará á él por otros caminos: ea! arriba!

Teresa y Rodrigo subieron algo mohinos, y su tío subió detras: hizo cerrar la portezuela, y el carruaje tomó de nuevo el camino de Avila.

Al llegar, D. Alfonso se rió de los proyectos de sus hijos y del apetito con que devoraron el desayuno que se les dió. Doña Beatriz les regañó bastante, y por la noche acabó tambien por reirse con su marido del viaje singular que su hermano habia interrumpido.

Al día siguiente Teresa y Rodrigo se hallaron en el jardín á la hora del recreo, y se dirigieron bajo un enorme castaño á cuyo pié brotaba una fuente: este era el sitio ordinario de sus conciliábulos.

—Sabes, dijo Rodrigo, que tengo al mismo tiempo vergüenza y pena por lo que nos sucedió ayer?

—Tú tienes la culpa de todo, dijo Teresa muy enojada.

—Yo?

—Tú, sí, tú, y solo porque eres un gloton: ¿no te podias haber aguantado el hambre?

—Ya no podia más, hermana.

—Pues yo sí!

—Es que tú eres más fuerte que yo: eso ya se sabe.

—Al revés debia ser, pues que me llevas dos años: sino hubieras ido á pedir á los que venian en el coche, tal vez estaríamos ya en tierra de moros!

—Si dicen que está muy lejos; pero en fin, ya no podemos ir: ya está desbaratado nuestro plan.

—Eso es lo que yo siento! yo hice voto al Señor y ahora qué dirá de mí? qué enojado estará!

—No dicen que es tan bueno? pues ya ve que sino hemos ido en busca del martirio, es porque no nos han dejado!

—Una idea me ocurre, dijo Teresa, que era de la que partian siempre las proposiciones.

—Qué es? preguntó Rodrigo.

—Que ya que no podamos ser mártires, podíamos ser heremitas.

—Hermitas! de qué modo?

—Mira, diremos á madre que nos mande á hacer dos celditas de paja.

—Pero dónde?

—Aquí en la huerta.

—Y querrá?

—Yo creo que sí: de todos modos ahora mismo se lo voy á decir.

(Se continuará).

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

EL CARMEN DEL RUISEÑOR.

(TRADICION GRANADINA).

En la margen derecha del Dauro, y no lejos del sitio llamado las *Angosturas*, existe, rodeado de otros varios, uno de esos deliciosos huertos que, únicamente en Granada y por privilegio especial, reciben el nombre de *cármenes*, conocido con el poético de *Cármén del Ruiseñor*.

El *cármén* de Granada es una cosa *sui generis*. No se asemeja en nada al *cigarral* de Toledo, ni al *miramar* de

Valencia, ni á la torre de Barcelona, ni saliendo de los límites de nuestra Península á la risueña y elegante villa de Italia, el pintoresco chalet de Suiza ó el suntuoso y aristocrático *chateau* de Francia y Alemania. Es un pedazo de terreno de más ó menos extension, por lo regular bastante accidentado, y en el que se encuentran mejor ó peor distribuidos, según el capricho ó la fortuna del propietario, espacios convertidos en lindísimos jardines con fuentes, estatuas, estanques y paseos; bosques de laureles ó frescos avellanos, con arroyos, grutas y bancos rústicos; cuadros destinados para horizontalizar y árboles frutales, y sobre todo, miradores para contemplar los bellísimos panoramas que la Damasco de Occidente ofrece por donde quiera que se detenga la vista.

En cuanto al origen de la palabra *cármén*, es la opinión más general que viene de una voz árabe que significa *casa de placer ó mansion de recreo*, si bien algunos han querido darle otra procedencia, haciéndola derivar del latín *cármén* (verso, poesía).

He aquí ahora el sencillo pero poético asunto á que debe su nombre el *Cármén del Ruiseñor*:

En el año 813 de la Hegira, vivía en Tánger un noble y venerable anciano, sobre cuya frente había derramado el Altísimo ampliamente sus dones.

Llamábase Juzef-ben Zahir, y sus largos días eran de gloria y de salud. Las buenas ha-

das habían asistido sin duda á su nacimiento; su fortuna era inmensa, sus honores sin cuento, y su único hijo, joven virtuoso y valiente, honraba las canas de su padre por las glorias adquiridas en los combates. Así es que la frente de Juzef estaba limpia y tersa sin que la surcase una sola arruga, y su luenga barba plateada cau-

saba la envidia de todos los buenos musulmanes. Sin embargo, estaba escrito en el libro eter-

no de Alá que no había de pasar Juzef el estrecho puente que describe el Profeta ántes de sentir clavado en su corazón la aguda espina del dolor. Llegó un día en que el ángel Azrael cernió sobre la cabeza del anciano sus alas negras y azuladas como las del cuervo del desierto, y Juzef, para quien hasta entonces había sido la vida un reflejo del jardín de Hiram, se dobló como una débil caña bajo el peso del infortunio.

El gentil mancebo que hacía sus delicias, el hijo querido que estaba llamado á perpetuar su noble descendencia y á heredar su nombre sin tacha, cayó en un combate atravesado

por una guma.

Desde aquel momento terminó para Juzef la existencia; sus mejillas se demacraron y palidieron, y su frente, antes tan serena, se surcó de profundas é indelebles arrugas.

Pasaba sus días en el mirador de su palacio sin proferir una palabra, contemplando con arrasados ojos las azuladas ondas del Estrecho y las brumosas montañas andaluzas. En vano Fátima, su esclava favorita, le mostraba sonriendo las

perlas de su boca, y pulsaba, sentada á sus pies, las melodiosas cuerdas de su guzla de marfil; Juzef, que la amaba con el cariño de un padre, acariciaba con su mano trémula las negras crenchas de la joven, y pagaba con una sonrisa dulce y melancólica sus esfuerzos por consolarle.

—Dicen, murmuraba Fátima con una voz tan suave y armoniosa como la de las hadas de Osian; dicen que más allá de ese mar que quiebra en sus ondas los postreros rayos del sol, más allá de aquellos montañas que tocan al cielo con su cumbre, hay una tierra hermosa y privilegiada, toda esmaltada de flores, y cuyos ríos arrastran arenas de oro; dicen que sobre una colina roja como la escarlata que ciñe tu cabeza, hay un delicioso alcázar construido por las haríes en una noche de amor; dicen también que sobre el claro y refulgente cielo que cubre ese paraíso, está asentado el Eden que ofrece el Profeta á los buenos creyentes; tal vez allí hallarás el consue-

lo que te niegan las costas africanas.

Juzef miró tiernamente á su esclava que esperaba anhelante su respuesta, y sonrió tristemente.

—Alá es grande! dijo por fin; El solo puede volverme la felicidad que he perdido!

Pero la imagen de aquella mansion de delicias, de aquel paraíso que Fátima le había descrito, quedó desde entonces impresa en su mente, y llegó un día en que dijo á su esclava:

—Quiero ir á Granada, á esa tierra feliz cubierta de fragantes flores y cuyos ríos arrastran arenas de oro; quiero ver esa roja colina circundada de mágicos verjeles; quiero contemplar ese alcázar de rubíes que construyeron las hadas. Allí no podré olvidar jamás á mi hijo; pero esperaré tranquilo á que se cuenten mis horas. Y dos lunas después, admiraban sus ojos el purísimo cielo de Granada y pisaban sus pies las perfumadas violetas que ostenta la Alhambra en la primavera.

En la ribera del Duero, ese río que se desliza suave sobre doradas arenas, compró por quinientos zequíes un cármén delicioso, desde donde contemplaba extasiado el alcázar de los Alhamares, suspendido en un extremo de la Colina Roja.

Al pie de un fresco y sombrío avellano colocaba Fátima una alfombra de Persia, y recostado en ella el anciano dejaba vagar su imaginación en melancólicos y dulces pensamientos.

Una tarde de Junio se posó un ruiseñor sobre las ramas del avellano y entonó su triste cántico.

Juzef quedó embelesado escuchando aquella dulce armonía. Parecióle que era el espíritu de su hijo bien amado, que le saludaba

de nuevo deseándole prosperidad.

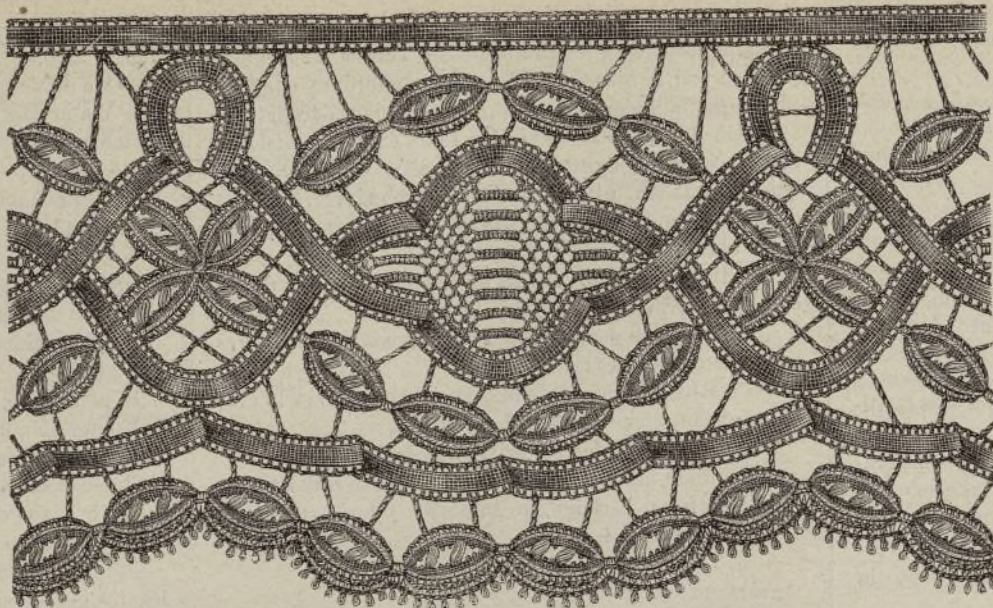
Todas las tardes acudía Juzef ansioso al pie del avellano y siempre los ecos del avecilla canora deleitaban sus oídos y sumergían su alma en un mar de savas y deliciosas meditaciones.

Fátima, viendo contento á su señor, se retiraba en silencio y solo volvía para acompañarle á su cámara cuando el sol se ocultaba tras Sierra Elvira.

Una tarde, en que como de costumbre, escuchaba Juzef al ruiseñor posado en una rama sobre su cabeza, le pareció que



7. Flor bordada de azabache.



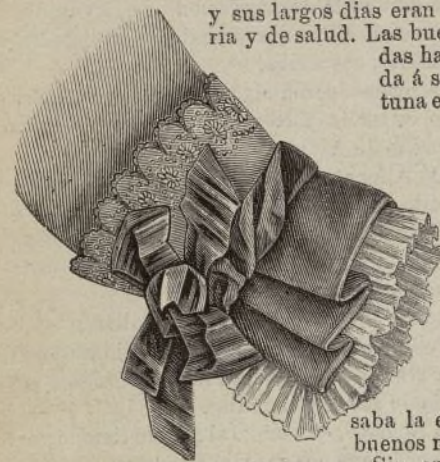
8. Encaje irlandés.



9. Cinta-collar bordado de azabache.



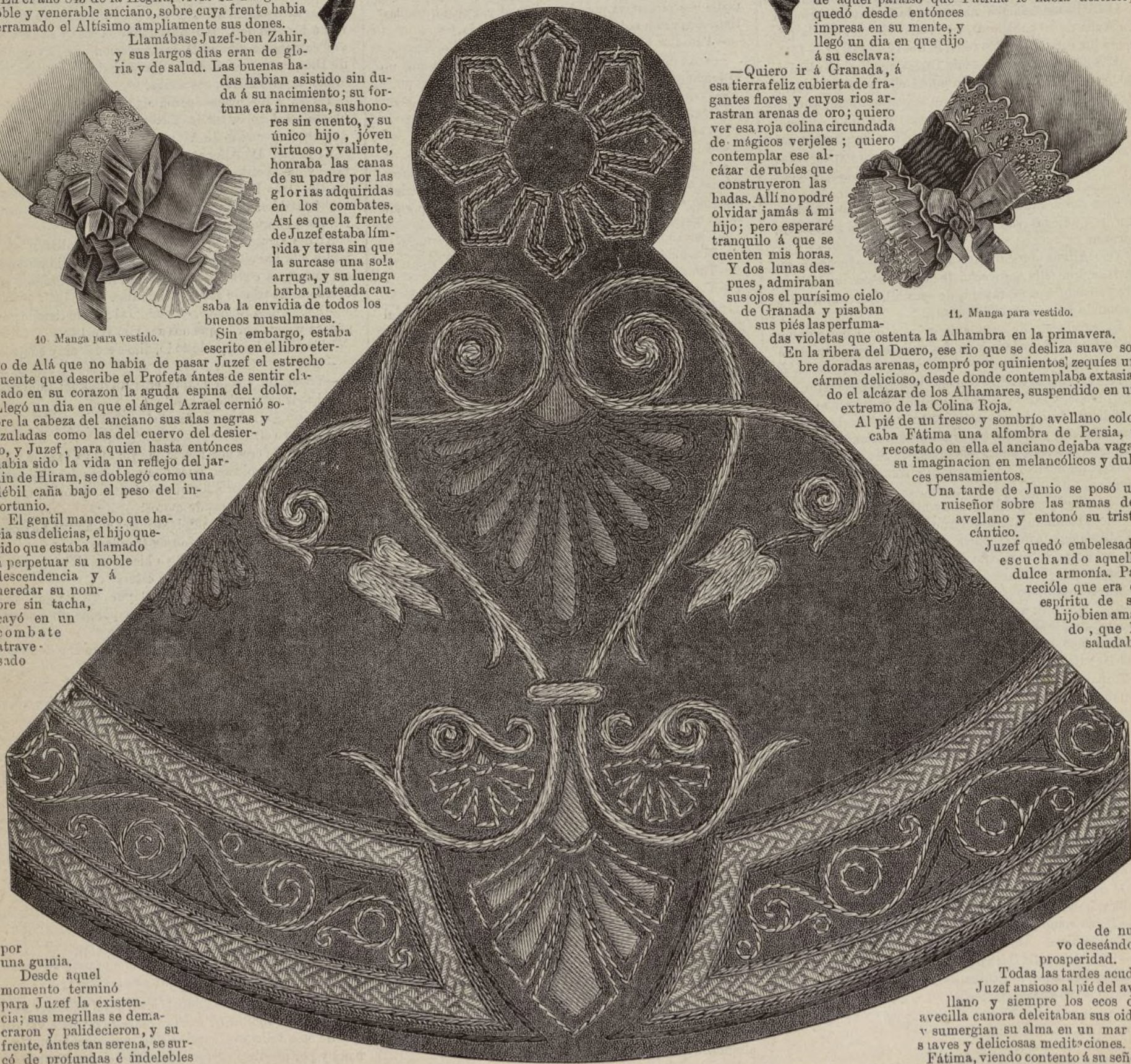
8. Flor bordada de azabache.



10. Manga para vestido.



11. Manga para vestido.





EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II, 3.

Ayuntamiento de Madrid

los trinos de este, más cadenciosos y sentidos que los días anteriores, se debilitaban por momentos. Azorado el anciano levantó su cabeza y vió á la pobre avecula que cesando en su canto escondía el pico entre las alas.

Fátima llegaba en aquel instante. Juzef apenas tuvo tiempo de mostrarle el ave; las alas de esta se agitaron con un movimiento de agonía y cayó exánime junto al anciano, por cuyas mejillas rodaron dos lágrimas.

En vano intentó la esclava hacerle incorporarse para trasladarle de aquel sitio. Juzef dobló su abatida frente y quedó muerto sobre la alfombra, al lado del ruiseñor.

SALVADOR PEREZ MONTOTO.
Granada, 1874.

LOS PEINADOS DE MODA.

I.

Nadie más que la mujer está obligada á prevenirse contra las locuras ridículas de la moda.

Las exageraciones que impone el tocador, la necesidad del bien vestir — como dicen las gentes de tono — los añadidos, los rizos, los postizos, en fin, que recargan la cabeza, dándole proporciones exageradas y haciéndola perder su esbeltez, que tantos encantos da á la mujer, corre pareja con los tacones á lo Luis XV, con las colas imperiales, con los sombreros cubiertos de flores, con los lazos anchos y colgantes de la cintura, y con los escotes desvergonzados.

Y si todo esto, que apuntamos á la ligera, lo conocemos las mujeres, más lo ven los hombres, que comunmente están mirando todas nuestras debilidades, para publicar el ridículo en que incurrimos y atraer la burla sobre nosotras, pobres séses tan injustamente tratados por el hombre, ese orgulloso génio de la creación.

II.

Nos sugieren estas, para nosotras, tristes reflexiones, unas líneas que acabamos de leer en *El Gaulois*, de París, suscritas por Mr. Paul de Roche.

No es la primera vez que de Roche trata de presentar las debilidades de que adolece la mujer, por pa-



17. Doble lazo para la cabeza.



18. Lazo de faya y encaje.

recer mejor ante los ojos del hombre.

Un día dijo con Balzac: "la mujer tiene un corazón por cada vestido que posee." Otro día repitió con Dumas: "la mujer no tiene más talento que para adornarse y cubrir sus defectos."

Cuando los hombres juzgan así á las mujeres no hay otro remedio que reír y consolarnos con la idea de que han existido muchos hombres como Duvai que repetía con esa serenidad que dá siempre al hombre su conciencia, cuando es honrada: "El sol y la mujer se han repartido el imperio del mundo: el primero nos dá los días, y la segunda los embellece."

III.

Pero de Roche no pensaba, ciertamente, como Duvai, y sacando partido de las debilidades de la mujer escribe para martirizarla.

Ahora ha consumido, sin duda, su ingenio, y apela al de los extraños, para probar que la mujer está hasta excomulgada, por seguir la moda.

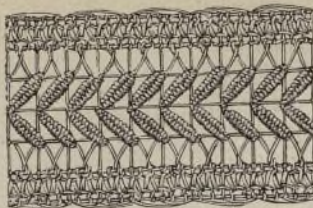
Es una idea original la del redactor de *El Gaulois*.

Y no se crea que exageramos: de Roche dice, en el periódico de París las siguientes líneas que traducimos para solaz de nuestras lectoras:

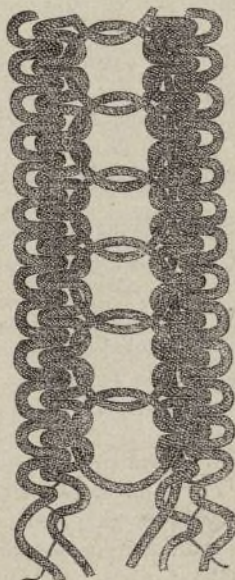
"Ignoran las mujeres que al añadir á su hermosa cabellera algunas trenzas postizas de que no tienen necesidad, incurren en el anatema de la Iglesia Católica?"

"¿No lo saben igualmente las que, cansadas de su negra cabellera, en consecuencia con el color de sus ojos, pestañas y cejas, tienen el mal gusto de cambiarlo en rubio, dorado ó amarillo?"

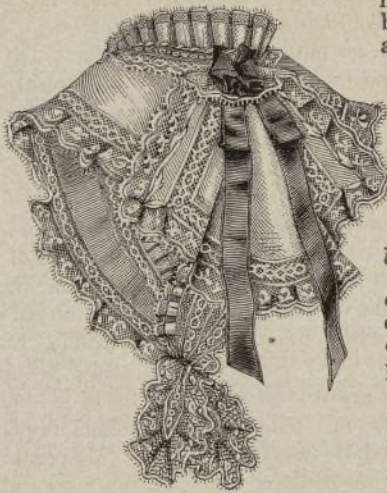
"Las que estas cosas ignoren lean, que va en ello su salvación."



13. Entredós de malla guipure.



14. Fichú con puntas cruzadas.



15. Fichú con lazos.

son morenos, ó teñirlos de negro si son blancos."

"Por si lo poneis en duda, hé aquí el texto latino: *Tibi non licet... comam flaban rebdere*. Y si deseais todavía otras autoridades de la Iglesia, no nos será difícil encontrarlas. Los santos padres están desgraciadamente para vosotras, unánimemente conformes en este punto.

"San Clemente de Alejandría, afirma que es una grande impiedad, en las mujeres cristianas, adornarse con cabellos postizos.

"San Jerónimo considera los cabellos postizos de las mujeres cristianas como vanidades del mundo y obra del mismo Satanás.

"San Paulino dice, hablando de las hijas de Sion: "...agrandaron sus cabezas con una porción de cabellos postizos, y el Señor (Dios) las castigó dejándolas á todas calvas."

"Y San Gregorio Nacianceno, haciendo el elogio de su hermana Santa Gorgonia, dice: "que no se rizaba, y que se hubiera guardado muy bien de llevar cabellos postizos, que hubieran deshonrado su venerable frente."



19. Cinturon echarpe.

"¿Qué vais á hacer ahora, señoras, después de estas revelaciones?"

"Ya os vemos indecisos desde luego, poniéndoos ante el espejo, pero... y luego?"

"Después direis que los santos padres vivieron en otros tiempos.

"Direis que si volviésemos al mundo, serian seguramente más indulgentes.

"Direis que con esos bucles, añadidos y castañas, así como con esos colores rubios ó dorados en que sois cambiar vuestros cabellos, no os va del todo mal.

"Direis que así gustais más á vuestros esposos.

"Añadiréis tambien que el primer deber de una mujer es agradar á su esposo.

"Y pensareis luego..."

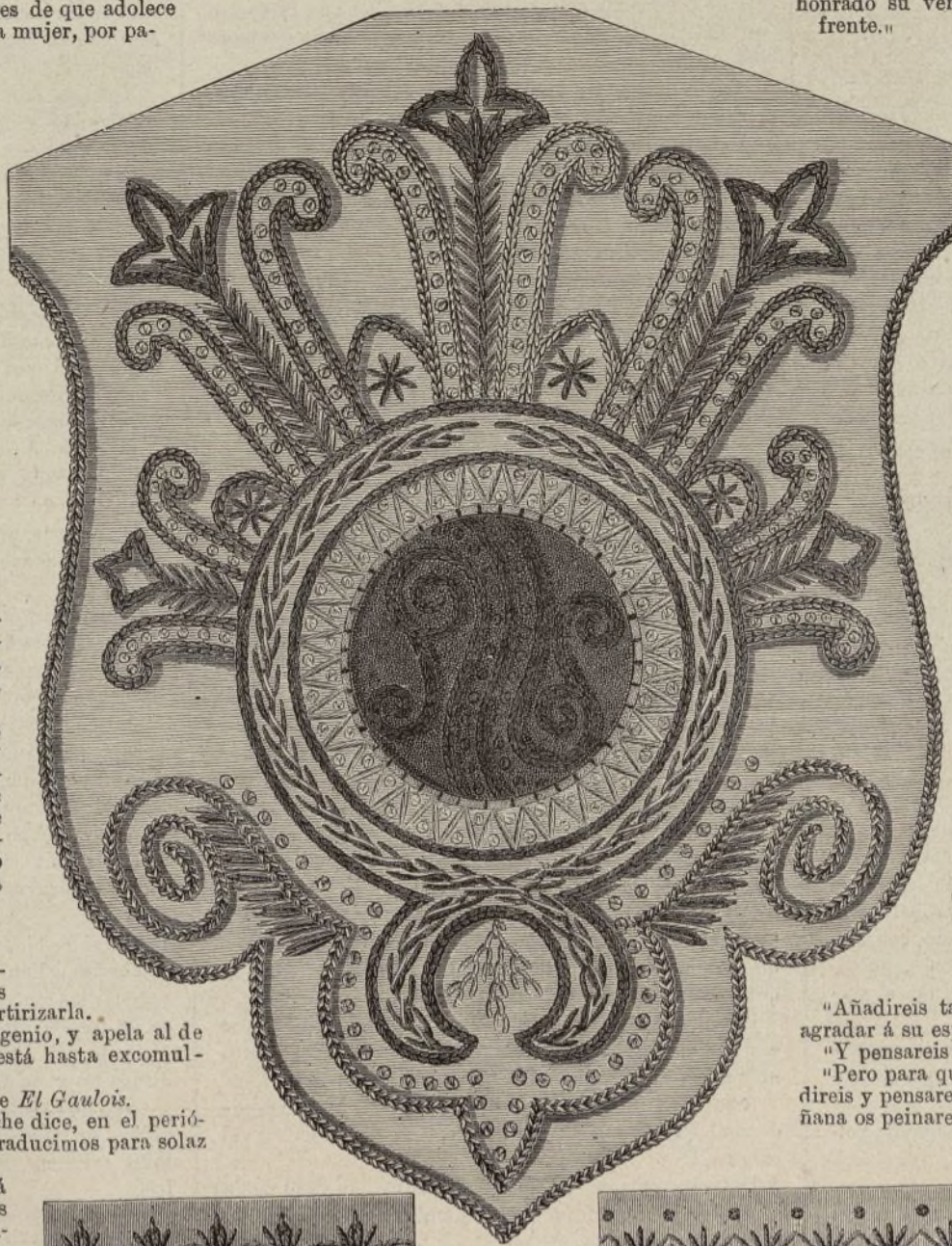
"Pero para qué proseguir, ¡es difícil calcular todo lo que direis y pensareis; pero lo que sí se puede afirmar es que mañana os peinareis exactamente como hoy!"

IV.

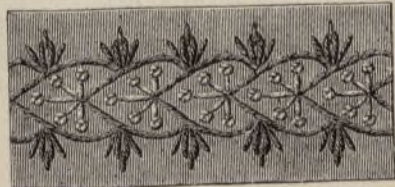
Hasta aquí Mr. Paul de Roche.

Su crítica no llega, ni con mucho, á la mujer.

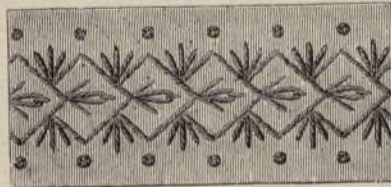
Se debe censurar á la intemperancia que tienen muchas personas por aparentar lo que no son, y muy principalmente al orgullo por parecer bien: la mentira con que se disfraza la que tñe sus cabellos blanquecinos por los años, es digna de reprobación; las exageraciones escandalosas de las que se rebocan el rostro con pinturas y aguas diversas, las que finjen sus condiciones naturales



20. Lambrequin bordado.



21. Cenefa bordada.



22. Cenefa bordada.

por imitar lo que no son, y toda afectación estudiada, deben anatematizarse enérgicamente por propios y extraños.

Esto, y nada más han hecho los Concilios, al ocuparse de los postizos de la mujer; esto y nada más han querido decir San Clemente, San Gregorio, San Paulino, San Gerónimo y cuantos moralistas, que sin ser santos, han hablado seriamente de las manifestaciones exteriores de la mujer en su manera de presentarse ante la sociedad, lamentando la debilidad de algunas que aceptan con exageración cuanto la moda inventa. Pero estas no son mujeres, son coquetas, seres desgraciados, que viven especialmente para ridiculizar a la mujer. Contra ellas se dirigen los anatemas y las censuras de todas las personas serias y honradas que buscan en la mujer la última ilusión que perder, la última felicidad para el alma, la última pasión del corazón y la última embriaguez, que al decir de Dugogers, se consigue disipar.

Por lo demás, la mujer necesita no presentarse descuidada, porque su encanto, el encanto que le da su ser, pierde ante la vista de los demás. Modales naturales, acción común, palabras no afectadas y modestia en todas sus manifestaciones, hacen conocer a la mujer de la coqueta, que nunca tiene satisfechas sus aspiraciones, que quiere sin amar y vive en una desproporción evidente entre la belleza que se quiere producir, entre la modestia que se quiere imitar, entre el talento que finje poseer, y los medios morales y materiales que se cuentan para lograr todas estas cosas y otras que no son oportunas de este artículo.

Si contra estas escriben los hombres, hacen bien. Nosotros deberemos aplaudirlos y hacer coro a sus censuras. Pero hay muchos hombres que no conocen a la mujer más que por la coqueta, y creen que el corazón de la mujer es como muchos instrumentos, que depende de quien los toca.

¡Desgraciados de estos hombres!

EMILIA MARTIN DE DIAZ PEREZ.

EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuación).

—Calle! dijo, V. es... ¡Bien decía yo que sus facciones no me eran desconocidas!

—Era una noche lúgubre y sombría como esta, prosiguió Simeon con voz ronca, hacia ya mucho tiempo que Doña Ruperta no se movía de su sillón, que del sillón teníamos que transportarla a la cama. Aquella noche estaba peor que nunca: gesticulaba, hablaba en voz baja, parecía entregada a un verdadero frenesí. Yo solía leerla su libro de oraciones; pero aquella noche estaba impaciente y me despidió con un gesto imperativo antes de la hora acostumbrada. Yo hice como que salía del cuarto y no salí. Cerré con estrépito la puerta y volví arrastrando a acurrucarme debajo de la mesa, cubierta con un tapete tan antiguo como el mundo.

Esperaba sorprender en sus labios una palabra que me revelase el secreto codiciado.

Pasaron dos, tres, seis horas... Yo las conté todas por que las pregonaba la campana de la Iglesia.

Luego no conté más... Me dormí, y en medio de mi sueño me pareció ver una fantasma blanca que cruzaba el aposento llevando en sus manos una lamparilla: hasta me pareció oír el ruido de su ropa al rozar contra las sillas... Desperté. La puerta estaba cerrada, la luz brillaba en su sitio, reinaba en la estancia el silencio más profundo.

Después de algunos momentos de indecisión me levanté de puntillas, me dirigí al lecho de puntillas... ¡Doña Ruperta no estaba allí! ¡Lo que creía sueño era realidad!

¡Pero cómo había podido bajar sin ruido del lecho, andar sin ruido, salir sin ruido, ella que estaba parálitica y no acertaba a moverse? Me quedé aterrado, confuso, absorto en mil extrañas conjeturas. Por último, no pudiendo dudar de la evidencia, me puse a registrar el aposento.

Convencido de que no estaba allí, registré la antecámara y la galería circular que da vuelta a la casa sin obtener más resultados.

Supuesto que había salido del aposento, no podía volver a él sin pasar por delante de mí.

Me puse en acecho, aguardé...

Me pareció mejor aguardar en aquel sitio para ver de dónde venía...

Pasaron las horas, rayó el alba.

Perdida ya la paciencia, me decidí a volver a entrar en su cuarto... Por precaución entré arrastrando, llegué arrastrando hasta su lecho... Quieren Vds. creerlo?... Doña Ruperta estaba allí y dormía...

—Luego había V. soñado? exclamó el ama del cura.

—No, dijo Simeon, enjugándose el frío sudor que corría por su frente, no...

Doña Ruperta se fué poniendo por grados mucho peor. No pudo levantarse del lecho y pasó todo el día entregada al mismo delirio de la víspera, pero mucho más violento.

Murmuraba palabras extrañas é incomprensibles, y apesar de permanecer inmóvil y sin respirar siquiera al lado de la cama, nada pude deducir de su confusa algarabía.

—Si me habrá vendido? se preguntaba con frecuencia a sí misma. Y luego replicaba: oh, no! ¡Dios me habrá perdonado!

Estas eran las únicas palabras que tenían sentido; pero no para mí, que hallaba en ellas un enigma indecifrabable. En efecto: ¿quién había de venderla, cuando nadie, absolutamente nadie entraba en el palacio? ¿Qué es lo que había podido hacer, para esperar que Dios, habiéndola perdonado, favoreciera su intención?

Me perdía en un piélagos de absurdas conjeturas, en un intrincado laberinto de ideas del cual no me era posible hallar salida.

A veces también pronunciaba clara y distintamente la palabra *Clunia*. ¿Quería decir que el tesoro estaba enterrado en Clunia?

—¡Pero no tiene V. más indicios que las palabras que se la escapaban durante su delirio, para creer que el tesoro existe? interrumpió Doña Tiburcia.

Simeon, en vez de responder, continuó con tono anhelante y entrecortado:

—Llegó la noche, mi cabeza ardía, parecía haberseme comunicado la fiebre que la devoraba a ella.

Salí del palacio, fui a dar un paseo por el campo... Necesitaba que el aire libre refrescase mi frente y mis pulmones... Me guiaba además una débil esperanza... El edificio, como V. sabe, está minado por profundos subterráneos, algunos de los cuales salen al campo a muchísima distancia... Me dirigí a Clunia... En Clunia debe estar enterrado el tesoro, porque este era el nombre que ella repetía sin cesar en su delirio. Pero allí todas las bocas de las cuevas son iguales y no hallé ni un rastro, ni un indicio que me demostrase el lugar de un descenso practicable.

Volví mohino y descorazonado al palacio cuando oí que me llamaban.

Era el tío Genaro que andaba recogiendo el ganado para encerrarlo en el redil. Me detuve. Por un presentimiento singular comprendí que en lo que iba a decirme se encerraba el porvenir de mi vida.

No me engañaba mi presentimiento.

Dió cima el pastor a su tarea, sentóse en medio de sus perros, y sacando del zurrón pan y queso se dispuso a cenar, diciéndome con tono socarrón.

—Te llamaba para decirte que nada hay oculto en este mundo. Que por más que queramos escondernos, siempre hay ojos que nos ven y oídos que nos oyen.

—Qué quiere V. decir? exclamé asustado.

—Eso pregúntaselo a tu conciencia, replicó.

Yo sólo te diré que anoche dormí en este mismo sitio, y que vi lo que nunca hubiera pensado ver, atendiendo a tu aire hipócrita y compungido...

—Pero qué fué? interrumpí impaciente.

—Qué fué?... Qué fué?... dijo el tío Genaro imitando mi voz y mi acción, que allá sobre las tres se acercó una rapazuela a esta parte del palacio, que una persona se asomó a una ventana ó tronera; que arrojó un bulto, que la chica lo recogió y se alejó corriendo... ¿Quieres que te diga más, galán enamorado?... ¿Quién si no tú podías ser el que se asomó a la ventana?

Un rayo que hubiese caído a mis pies no me hubiera aterrado más que aquella revelación inesperada; pero una luz repentina alumbró mi entendimiento y disipó las opacas tinieblas que lo envolvían...

Adiviné que era Doña Ruperta, la que, haciendo un esfuerzo supremo, se había asomado a la ventana, ¡pero a qué ventana? ¿Qué era lo que había arrojado por ella y quién lo había recogido?

En vano interrogué al tío Genaro, éste solo sabía que era una mujer la que se había acercado al palacio, pero no había tratado en manera alguna de reconocerla.

Pasáronse ocho días; la enferma seguía de mal en peor; de mal en peor seguía mi esperanza de descifrar el enigma...

Doña Ruperta en vano pedía al médico, en vano pedía al confesor... Solo fui a buscar a ambos, cuando ya hubo entrado en la agonía.

El médico había ido a visitar a un enfermo que habitaba en un caserío inmediato, y hé aquí que al dirigirme a aquel punto, vi venir hacia mí por el camino real, montada en una mula y cubierta de polvo, a la hija de nuestra lavandera.

—Rosenda! exclamó Doña Tiburcia.

—No hubiera reparado en ella, prosiguió Simeon, si no se hubiese turbado extraordinariamente al divisarme, y no hubiese querido echar por un atajo.

La alcancé, y la pregunté mirándola a la cara:

—De dónde vienes, Rosenda? ¡El viaje debe haber sido largo, según el polvo que traes!

Creció la turbación de la muchacha, balbuceó palabras incoherentes, y nada hubiera logrado saber, si un hombre que nos alcanzó no la hubiera dicho:

—¡Hemos salido al mismo tiempo de la Aldea El Pozo, y tanto he andado yo a pie como tú en caballería.

Rosenda se puso encendida, dió un latigazo a su mula, y se alejó rápidamente.

—Sí, sí, repuso Doña Tiburcia. Bien me acuerdo de las hablillas que corrieron sobre la muchacha, de las joyas con que se engalanó, y de lo mucho que dió que decir con su cambio de fortuna.

—Rosenda había crecido a nuestra vista, siguió diciendo Simeon, era la que venía por la ropa, y nunca había dejado para nosotros de ser una niña sin importancia alguna.

Sin duda habíamos tenido un instante de descuido, y Doña Ruperta se había aprovechado de él... ¡Ah, siempre se deja suelto un cabo en la trama mejor urdida!

Murió Doña Ruperta sin ver al médico ni al confesor, porque ambos llegaron tarde... V. sabe todo lo que pasó después...

Siéndome imposible arrancar una confesión a Rosenda, vine a la Aldea. Ya había estado otra vez por orden de Doña Ruperta. Por orden de Doña Ruperta, y mediante una buena suma de dinero, había conseguido que el sacristán cortase las dos hojas de los libros parroquiales. Me avisé con él, y supe que en efecto D. Eusebio había recibido como depósito, una cajita que le había sido entregada por una joven forastera.

El sacristán entraba y salía a todas horas en casa del cura: era como un individuo de su propia familia. Don Eusebio le había recogido niño y abandonado, y había cuidado de él como de un hijo.

—No me atrevo a apoderarme de la cajita, me dijo, está en un secreto de la pared que hay en el mismo aposento de D. Eusebio, y éste sabe que yo lo conozco. Robarla sería perderme para siempre en su concepto.

Yo creía, ambos creíamos que Doña Ruperta habría consignado en algún escrito el lugar en donde estaba oculto el tesoro.

Convinimos en que sacaría una copia de él, una noche en que el cura con toda su familia había ido a un pueblecillo inmediato, y vendría a entregarme el codiciado manuscrito en los pinares que sombrean por detrás la casa.

Era una noche como esta. La naturaleza en desorden, parecía amenazar al universo con un total desquiciamiento; rugía el vendabal, retumbaba el trueno, y relámpagos rojizos alumbraban por intervalos el cielo, cubierto de negros nubarrones.

Le esperé durante mucho tiempo llena de ansiedad el alma, turbada la imaginación por siniestros presentimientos.

De repente, un rayo atravesó culebreando los espacios, y vino a caer sobre un pino próximo a mí, reduciéndole a cenizas.

Casi al instante apareció el sacristán. Estaba pálido, trémulo, azorado...

Traía un papel en sus manos crispadas y lo estrechaba convulsivamente sobre el pecho.

Quise arrebatárselo el papel...

—No, me dijo con voz sorda, no!... ¡No te apoderarás de un tesoro que no es tuyo!... Aparta, ¡por qué te he conocido! Por qué he cedido a tus malélicas instancias!...

—Pero qué ha pasado? pregunté anhelante.

—El secreto está encima del reclinatorio, balbuceó con ademan estraviado, encima del reclinatorio está un santo crucifijo... Al ir a deponer otra vez la cajita en su lugar, vi los ojos del Cristo fijos en los míos!... ¡Oh, qué fulgor despedían sus ojos!... Entonces el trueno hizo retumblar los cimenteros de la casa y la estancia se llenó de un resplandor rojizo...

Ay de mí! Ay de mí! ¡Que era el rayo de su justicia divina próximo a desplomarse sobre mi culpable frente!

Cayó de rodillas al pronunciar estas palabras, besó el polvo, se golpeó el pecho, se arrancó el cabello é hizo tales extremos de dolor, que creí que se había vuelto loco...

¡Desgraciado de mí, que aquella locura le acompañó hasta el sepulcro! ¡De amigo se convirtió en enemigo; de cómplice, en obstáculo implacable para la realización de mis planes!... Por fortuna, la vergüenza le impidió declarar su primer crimen... Alma débil y pusilánime, luchó toda su vida contra el remordimiento, sin apelar jamás a la espionaje. Si no pude arrancarle la copia que guardaba en su poder, logré arrancarle algunas confesio-

nes que no me dejaron duda acerca de la existencia del tesoro.... Pues bien: hace dos días recibí una carta suya. Me decía que iba á entregar el documento á D. Julian, que iba á confesarlo todo, indicándole quiénes eran los herederos y en dónde residían, y me invitaba á que pensase también en la salvación eterna....

—¡Pues esa confesión que no se atrevió sin duda á hacer á D. Julian, era la que quiso hacerme á mí! exclamó Doña Tiburcia.

—Y este será el documento, dijo el hidalgo, corriendo á la alacena y sacando el precioso manuscrito.

Lo recorrió rápidamente con la vista, y una sonrisa de triunfo se dibujó en sus labios.

—Pues ya es nuestro el tesoro, murmuró con voz ahogada.

—Aún no, dijo Simeon, aún no!.... Veinte años hace que trabajo para apoderarme de él y cuando estoy próximo á cogerlo, la suerte enemiga me lo arrebató de las manos.

—Es verdad, cómo entramos en el palacio? observó Doña Tiburcia.

—Esa dificultad está ya salvada, continuó Simeon. Dos medios tenía para encontrar el tesoro; apoderarme de la arquita ó comprar el edificio y demolerlo hasta los cimientos. Frustradas todas mis tentativas para alcanzar lo primero, me consagré en cuerpo y alma á conseguir lo segundo. Hoy el palacio es mío....

Pero hoy ha aparecido de improviso el hijo de Doña Ruperta; el hijo de Doña Ruperta, á quien todos creíamos muerto, está en la Aldea, á dos pasos de aquí, y no tiene más que acreditar la identidad de su persona, para que quede nula la venta del palacio y perdida para siempre mi esperanza.

—Oiga V., dijo el hidalgo, y si nos uniéramos los tres...

—¡Si pudiéramos ganar tres días de tiempo, sólo tres días!... murmuró Simeon.

—Y si nos unimos, interrumpió el hidalgo, ¿qué parte tendremos en el hallazgo?

D. Serapio pidió una pluma y papel á Doña Tiburcia, y escribió por sí mismo un documento con letras torcidas y descomunales, pero que satisfacía en un todo su deseo.

—Firme V., dijo cuando hubo concluido, tendiendo la pluma á Simeon.

Este firmó sin vacilar, imitándole Doña Tiburcia.

Entonces se acercaron los tres y concertaron su plan.

Hablaban tan bajo, que solo levantaban un imperceptible murmullo. Pero aunque no se oyeran las palabras, adivinábase la maquiavélica conspiración por el fuego siniestro que despedían sus ojos.

—¡Ricos! exclamó por fin Doña Tiburcia, sin poder contener por más tiempo la explosión de su alegría! ¿Y quién lo va á saber? ¿quién nos va á castigar por esto?

En aquel instante la ventana mal asegurada cedió, y una ráfaga de viento entró mugiendo en la estancia, como si quisiera simbolizar la presencia de *Aquel* que todo lo vé y todo lo juzga, y las campanas de la Iglesia tocaron á muerto, como si quisieran recordarles que todas las ambiciones humanas se truecan en vano polvo.

Rayaba el alba.

¡Las campanas de la Iglesia tocaban á muerto por el alma del pobre sacristán, que iba á ser conducido á su última morada!

XIII.

EL RETRATO.

Aunque Marta se detuvo efectivamente algunas horas en Soria para ver y abrazar á sus hermanos de adopción, que la recibieron con trasportes de cariño, no era este, como sabemos, el objeto de su viaje. O más bien, llevaba dos objetos: huir de Pablo y cumplir el mandato de la Providencia salvando á Susana.

—Sí, sí, se decía entre lágrimas, durante el camino; he hecho bien en alejarme de su lado. ¡Pablo no me quiere, Pablo no me dará nunca el dulce título de esposa! ¿Qué más pudo hacer para arrebatarme toda esperanza, que romper el lazo anudado por su buena tía? ¿Qué más pudo hacer que dar crédito, sin exámen, á una mentida apariencia, para ultrajarme públicamente, para arrojar me públicamente de su casa? ¿No hubiera aplazado su juicio si me hubiese amado, si siquiera me hubiese profesado el afecto que un hermano profesa á su hermana? Y luego, cuando Agueda con una generosa mentira me salvó el honor, por qué no vino á sincerarse? ¿Por qué no me dió pública satisfacción, ya que público había sido el agravio? No me ama! Bien debía revelarme que no me amaba su obstinado silencio, y la frialdad, ó más bien el encono con que me trataba últimamente. ¡Cree el corazón lo que ambiciona! Sueña la mente lo que desea! Yo, infeliz de mí, amaba y creía; amaba y esperaba! ¡Pero ahora todo ha concluido! Basta! ¡Soy fuerte y venceré mi amor; me arrancaré el corazón si fuese necesario, si no pudiese

borrar con él su imagen adorada! Ay de mí, ay! ¿Cuál es mi destino? ¿Cuál es mi misión sobre la tierra?

¡Carezco de familia, y no puedo crearme una familia nueva! ¡No he gozado de las caricias de mis padres, y tampoco gozaré de las caricias de mis hijos! ¡Viviré siempre sola, sin una alma compañera de la mía mientras cruce por el mundo, sin un corazón que vierta llanto junto á mi olvidada sepultura!

Por qué?

Marta levantó los ojos al cielo: su espíritu, próximo á rebelarse contra la dura ley de su destino, leyó en las nubes sonrosadas [las consoladoras promesas de otra vida y renació en su pecho la esperanza.

—Nuestra misión no se termina aquí, se dijo; nuestra existencia se completa en otra parte, en donde todo es luz, perfumes y armonías. ¡Dichoso el que ha llenado su cáliz de lágrimas, y puede comparecer purificado y gozoso ante el trono del Eterno!... ¡Dios que me ha dado la pesada cruz, me dará fuerzas también para llevarla!...

Tales habían sido los tristes pensamientos que durante el camino de Madrid á Soria habían sumido su espíritu en un piélago de amargura; tales habían sido los dolorosos combates de su alma. Pero al llegar allí, al hospedarse en casa del mayor de sus hermanos de adopción, llamado Antonio, casado con una mujer amable y virtuosa, y padre de tres niños pequeños, llenos de gracias infantiles, al recibir las bendiciones de todos, [las apasionadas caricias de todos, se disipó su tristeza y recordó involuntariamente, que, preguntado un hombre de talento acerca de si creía en la existencia de la felicidad en la tierra, respondió:

—Sí; pero es en la que se proporciona á las demás.

Marta se reconocía autora de la apacible felicidad que reinaba en aquella casa, y su alma experimentó un legítimo orgullo, un placer santo é indefinible.

Puso á los niños sobre sus rodillas y les entregó los juguetes que había traído para ellos; regaló á Dolores, que así se llamaba la mujer de su hermano adoptivo, una hermosa sarta de corales que llevaba al cuello, y á éste un reloj de plata sobredorada. Estos sencillos dones trocaron la alegría general en verdadero delirio y las horas volaron, y llegó la de partir, sin haber saboreado todavía las delicias de la llegada.

Antonio, Dolores y sus hijos, aunque pesados, la acompañaron á ver á su otro hermano adoptivo, también casado y con hijos, y que la recibió con iguales muestras de cariño; luego al cementerio á visitar el sepulcro de la pobre Catalina, y por fin á la posada [á donde solían parar los coches de la Aldea.

Eran estos dos tartanas y un carro. Tanto los tartaneros como el carretero, que no era otro que el tío Blas, tenían prisa de marchar, temerosos de que la lluvia los sorprendiera en el camino, pues ya empezaban á entoldar el cielo densos nubarrones, y andaban afanosos enganchando las mulas y cargando los encargos.

Cuando Marta y los que la acompañaban entraron en el pátio de la posada, uno de los tartaneros daba voces llamando á un viajero, que al parecer estaba comiendo, y no tenía la misma prisa que él para ponerse en marcha.

—¡A ver si despacha V., decía uno de los tartaneros acompañando cada palabra con un juramento. El camino de la Aldea es muy malo y no tengo ganas de que demos una voltereta!

—¡Hombre! espere V. que acabemos de comer, dijo el viajero, asomándose á una de las ventanas del piso superior.

Era Gaspar.

Reconocióle Marta, y no pudo dominar un movimiento de sorpresa. También debió de haberla reconocido Gaspar, porque se tornó lívido, y desapareció de la ventana con la rapidez del rayo.

—A qué vendrá? se preguntó Marta á sí misma. ¿Habré llegado tarde? ¿No lograré impedir la catástrofe espantosa? ¡Oh, es preciso apresurarse!

—Viene V., señora? la preguntó el tartanero dulcificando la voz, con la esperanza de proporcionarse otro asiento.

Pero Marta [que no quería ir en compañía de Gaspar, se dirigió al otro tartanero y poniéndole en la mano una moneda de plata, le dijo en voz baja:

—Para V., si partimos al instante!

(Se continuará.)

LOS TEATROS.

Los acontecimientos, la marcha social y el giro que las costumbres van tomando de día en día, hacen que las ideas se inclinen al realismo y por consiguiente la literatura, reflejo fiel de los pensamientos.

Poetizar el realismo, quitarle esa desnudez que es la tumba de todo lo bello y risueño y presentar sin embargo la verdad, es algo más de lo que pueda exigirse á un

escritor y sin embargo tal debe de ser su principal cuidado: no dejar el corazón del lector ó del espectador, frío y desanimado.

La última obra del Sr. Gaspar, representada con gran éxito en el Circo y que lleva el extraño título de *El estómago*, pertenece á esa escuela nueva, verdad es que el talento del autor ha sabido al presentar tipos reales, dulcificar en parte el efecto de una madre orgullosa que sacrifica el porvenir de su hija, únicamente por que anhela disfrutar de una posición siempre brillante y que hálague su vanidad.

Pancho, tipo esencialmente generoso y noble y sin ninguna duda el más bello de la obra, está presentado magistralmente así como Ricardo y Laura.

Algunas escenas nos parecieron un tanto largas, pero sin embargo el conjunto es de gran efecto y el fondo una fotografía perfecta.

El tipo de Mercedes, si bien el más antipático, presenta mucha verdad, y el de D. Antonio, no es menos notable por más que ámbos aparezcan egoístas y ambiciosos hasta un grado casi inverosímil.

Los actores y actrices nada dejaron que desear, distinguiéndose la señora Marin, la señorita Genovés y los dos hermanos Calvo, debiendo el Sr. D. Enrique Gaspar, autor de la obra, estar satisfecho del desempeño y del éxito.

La preciosa comedia de Calderon, *La vida es sueño*, fué una continua ovación para Rafael Calvo, la señorita Bol-dun y Mariano Fernandez, que la desempeñaron magistralmente.

El teatro Real abrió sus puertas con *La Hebreá*, correspondiendo completamente á las esperanzas del público, tanto por lo brillante de su desempeño, cuanto por la propiedad de la escena; un inmenso público llenaba el lujoso coliseo, y la belleza de las damas y lujo de los trajes prestaba una animación extraordinaria, presentando una perspectiva bellísima.

El velo de encaje, ha sido para el teatro de la Zarzuela un buen hallazgo, pues aun cuando el libreto es muy inferior á la música, esta es bellísima y digna del Sr. Caballero; á esta han seguido *Marina* y la preciosa pieza en un acto *El último figurín*, viéndose el predilecto coliseo tan concurrido como siempre.

Cid Rodrigo de Vivar, es á nuestro parecer, un gran triunfo para el eminente novelista Fernandez y Gonzalez, quien calurosamente aplaudido, fué llamado á la escena y con él los actores que tomaron parte, entre ellos la simpática actriz señora Castro y los Sres. Vico, en su papel del Cid, Cepillo en el de Diego Lainez, Parreño y Calvo; la entrada en el teatro Español fué un lleno. A esta ha seguido *El hombre de mundo*, y está ensayándose *Un árbol sin raíces*, obra de la cual hemos oído grandes elogios.

Apolo inauguró su temporada con la zarzuela *El molinero de Subiza*, preparándose para el debut de la actriz señora Ramirez la ópera *Marina*, del maestro Arrieta.

De enhorabuena están los teatros pequeños, particularmente Martín, que obtiene grandes entradas con *El poeta de guardilla*, del Sr. Marquina, que ha tenido grande éxito: felicitamos al autor de *El grano de trigo*, por su nuevo triunfo, y á los actores y empresa de Martín.

En la Alhambra se ha dado un beneficio á favor de D. Angel María Segovia, representándose cuatro piececitas del beneficiado, entre ellas la caricatura *El doctor Garrido*, que ha dado lugar á un curioso episodio.

Romea continúa bien su temporada, y en Eslava tampoco podría desearse más, pues son teatritos en donde se pasa el rato agradablemente.

Variedades parecemos que algunas noches no se vé tan favorecido como el año anterior, por más que la empresa no perdona medio para complacer al público, ni deje de ofrecer novedad.

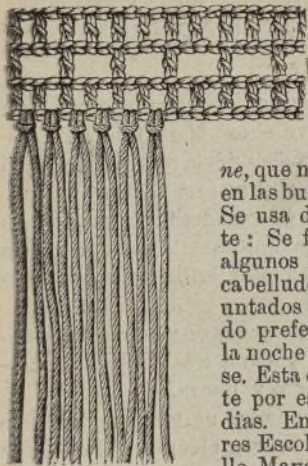
Háblase de un nuevo teatro en la plaza de la Paja: páreceme imposible se trate de abrir nuevos coliseos, cuando la situación es tan aflictiva que todas las clases de la sociedad se esfuerzan en hacer economías, privándose hasta de lo necesario, y relegando por completo lo superfluo.

Mal éxito auguramos al nuevo centro dramático, tanto más, cuanto no creemos tampoco el sitio á propósito para dar grandes entradas.

Anúnciase también en uno de los teatros de verano un espectáculo nuevo, entretenido y propio para las tardes de los días festivos; conociendo de lo que se trata no podemos menos de congratularnos del resultado, animando á la empresa á que lo ponga en práctica á la mayor brevedad.

Nada pues, faltará en Madrid para que sus moradores se distraigan, nada más que lo principal: el dinero, pues, el invierno se anuncia sombrío, y tal vez sea fecundo en miseria y tempestades sociales.

BARONESA DE WILSON.



23. Fleco de crochet.

CORRESPONDENCIA.

A una señorita de quince años. — MADRID. — Lo mejor para lo que V. desea es la pomada *Trikoge-*

ne, que no dudo hallará V. en las buenas perfumerías. Se usa del modo siguiente: Se fricciona durante algunos minutos el cuero cabelludo con los dedos untados de pomada, siendo preferible hacerlo por la noche antes de acostarse. Esta operación se repite por espacio de quince días. En casa de los señores Escolar y Crespo, calle Mayor, hallará usted cuantas novedades apetezca, siendo todas de un gusto inmejorable.

Frente al mar. — Lo que surtirá mejor efecto es el *Lait Antéphélique de Candès*, que hallará V. sin duda en todas las perfumerías.

Carolina. — Mme. Grand, que es una verdadera especialidad en la fabricación de los corsés higiénicos, resolverá todas sus dudas con la amabilidad que la distingue. No creo que ninguna otra persona pueda satisfacer mejor su deseo; por lo tanto debe V. dirigirse a ella, Plaza de Celenque, número 1, Madrid.

Sola! Mil gracias por sus elogios. En la *Peluquería Universal*, Plaza de Sta. Ana, número 15,

hallará usted lo que desea.

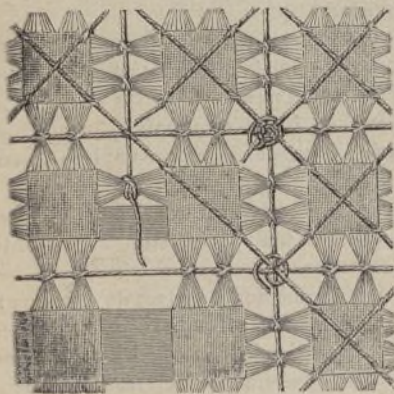
Muchos y buenos almanaques han visto la luz pública este año; pero los que más nos han llamado la atención por su índole especial, son el que ha publicado en Madrid la bella y distinguida escritora, doña Blanca de Gassó y Ortiz, titulado *El Amigo de las damas* y *El Almanach des señoras*, publicado en Lisboa, por la también muy distinguida escritora doña Guiomar de Torrezao.

El primero, que se vende á 4 rs. en esta Administración y en todas las librerías de España, forma un elegante tomito con preciosas cubiertas, y contiene bellísimos artículos de los más acreditados autores, charadas, recetas de tocador, láminas, caricaturas, anuncios y una bonita pieza de música para piano.

El segundo contiene igualmente numerosos artículos de los mejores escritores portugueses, españoles y extranjeros, y es digno en un todo de los almanaques que con el mismo título viene publicando su autora hace ya cinco años, y que tanto éxito han alcanzado en Portugal y América.

Dios quiera que los esfuerzos de ambas inteligentes escritoras, en pró de nuestro sexo, logren el justo premio merecido en el favor del público.

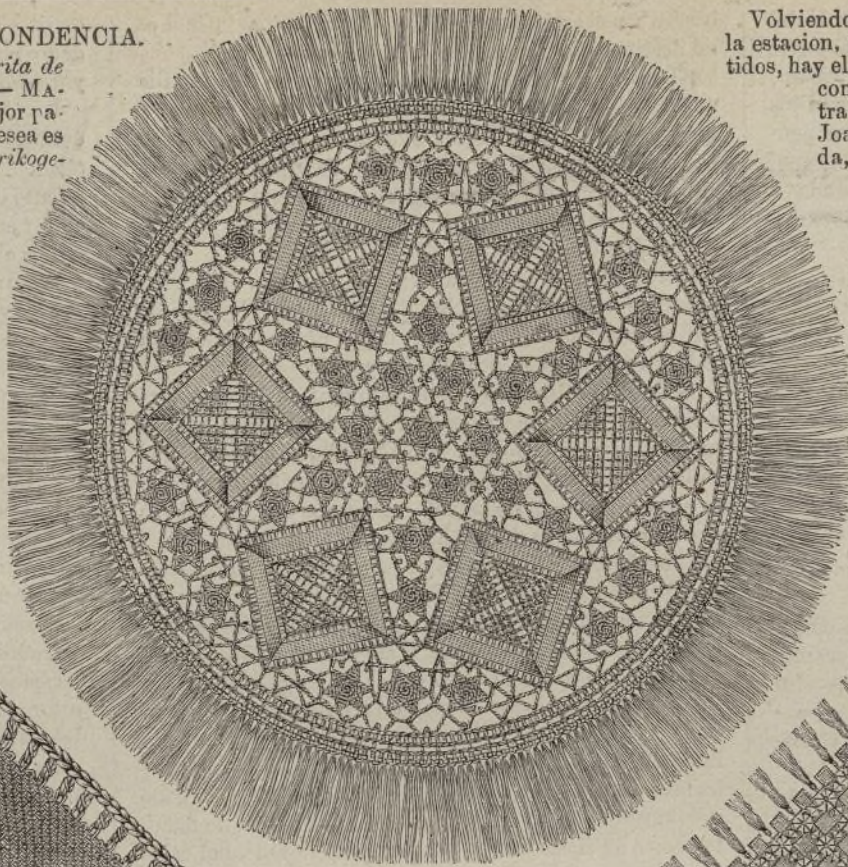
No hay nada que nos complazca tanto como el poder indicar á nuestras suscriptoras un medio de vestir con elegancia y con la mayor economía posible. Hoy se nos presenta esta favorable ocasión y nos apresuramos á comunicarlas tan buena noticia. Hemos visitado el magnífico *Bazar de la Concepcion*, situado en la calle de la Concepcion Jerónima, número 7, y hemos quedado verdaderamente deslumbrados por el gran surtido que posee, por la belleza de las diversas telas



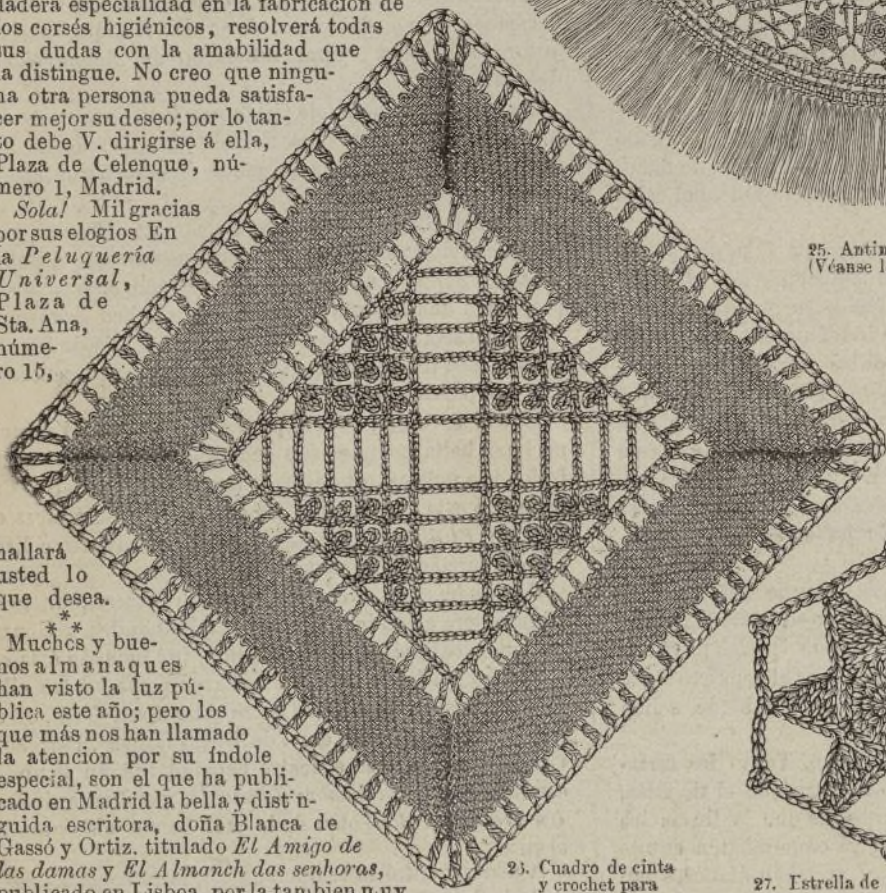
29. Ejecución del antimacasar núm. 28.

para trajes de señora y su excesiva baratura, pues puede asegurarse que todos los géneros se venden á dos reales menos en vara que en cualquiera otra parte.

Allí hemos admirado preciosas sederías en negro, novedades en lanas, salidas de teatro, chales, confecciones, ropa blanca y géneros de punto.



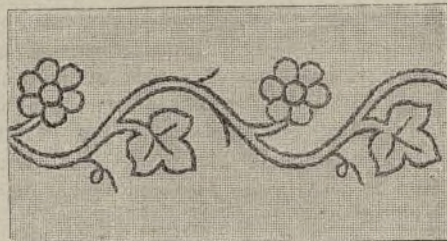
25. Antimacasar redonda. (Véanse los núms. 23 á 27).



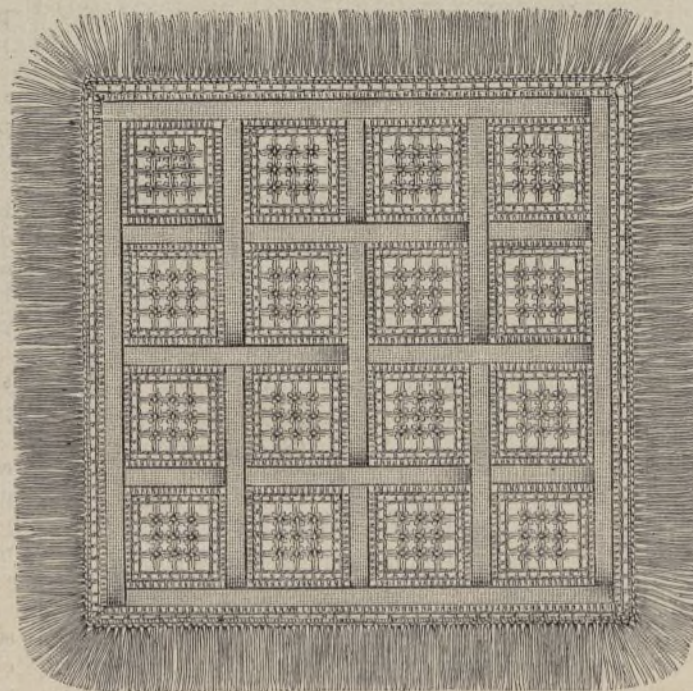
26. Cuadro de cinta y crochet para el núm. 25.



27. Estrella de crochet para el núm. 25.



30. Cenefa para el núm. 23.



31. Antimacasar de crochet y cinta. (Véase el núm. 32).



24. Fleco de crochet.

Volviendo á los tejidos de la estación, propios para vestidos, hay el *cuadrillé*, tan recomendado por nuestra cronista doña Joaquina Balmaseda, el *epinglé*, el

diagonal, el *vigoña*, y una tela de suma novedad llamada *Malabar*, muy flexible, y que está destinada á gozar de mucho favor este invierno.

También hallarán allí nuestras suscriptoras un abundante surtido de franelas y telas escocesas para trajecitos de niños. En suma, las invitamos á que pasen á visitar *El Bazar de la Concepcion*, seguras de que no saldrán de allí sin haber hecho algunas compras.

Un ingeniero francés indica que el mejor modo de conservar la carne por medio del frío es mantener á 0 la temperatura del sitio en que se deposite; y al efecto, no emplea el hielo, sino una corriente de aire frío, ó más bien una corriente líquida á 8° ó 10° bajo cero, que congela la humedad de la atmósfera, la deseca, y produce el descenso de la temperatura.

Mr. Duluc, médico francés, ha escrito una Memoria demostrando que la hidrofobia de los

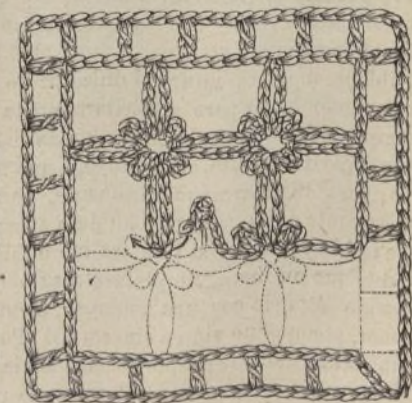
perros no se comunica al hombre por las mordeduras, siendo la aprensión y el terror la verdadera causa de tal enfermedad.

EXPLICACION DEL FIGURIN 413.

FIG. 1.ª — *Troje de reunion ó teatro*. — Vestido de faya gris plata, con adornos rosa y blondas blancas. Los paños de costado y de delante llevan un volante casi liso terminado en grandes picos guarnecidos de rosa y blondas, y sujeto por arriba con un biés. Otros tres biéses van colocados encima de este á distancias regulares. Un lazo adorna el principio de los picos y otros tres transversales recorren los biéses. La túnica, que describe cola y forma pequeñas aldetas redondas y lisas por delante, se compone por detrás de dos paños muy largos al hilo, fruncidos en los bordes de costado de modo que formen *r ouf*, que parece estar sostenido por una blonda fruncida y pegada á un biés. El cuerpo, de punta, se abre por arriba en grandes solapas redondas de faya rosa guarnecidas de blondas. El adorno de las mangas armoniza con el de la falda. Diadema de rosas en el peinado.

FIG. 2.ª — *Troje de medio luto*. — El vestido, de cachemir de seda, esta guarnecido con biéses de la tela y guipures de diferentes anchos, dispuestos en patas, que atraviesan los paños de delante en línea diagonal, y se continúan en el bajo de los paños de atrás. Estos se cortan muy largos y dispuestos en *pouf* sostenido por una echarpe de la tela, que parte del costado derecho por debajo del cuerpo y termina en caída sobre el costado izquierdo de la falda.

El cuerpo, escotado en corazon por delante y terminado el escote con un lazo de encaje, lleva un plegado de la tela todo alrededor y una gola alta de crespon de china. Un ancho guipure guarnece las aldetas de la chaqueta y las mangas. Lazo de crespon de china en el cabello.



32. Ejecución del antimacasar núm. 31.

En la tipografía de G. Estrada, C.ª, calle del Dr. Fourquet (antes Yedra), 7, se siguen haciendo con la perfección y economía que tiene acreditado, toda clase de impresiones de lujo y económicas, y cuantos trabajos tipográficos se le encomienden.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración: Plaza de Prim, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C.ª, Dr. Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.